

## **Escrituras del yo**

[Sobre JEAN-PHILIPPE MIRAUX (2005), *La autobiografía: las escrituras del yo*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, (traducción española de Heber Cardoso), 142 pp.]

**María Verónica Serra**  
Facultad de Ciencias Sociales  
Universidad Nacional de Lomas de Zamora

El género que hoy conocemos como *autobiografía* ha interesado y atrapado a los lectores durante años; también se convirtió en un recurrente objeto de estudio para los teóricos e historiadores de la literatura que han visto en él un género extraño y lúcido, no sólo desde el momento de su construcción, sino también a partir de su recepción, y que, por lo tanto, lo ha vuelto digno de ser estudiado.

Boris Tomashevski, en la década del '20, a partir de las propuestas teóricas del OPOIAZ; Philippe Lejeune por medio de su trabajo conocido como *El pacto de la autobiografía*; Georges Gusdorf, incorporando la dimensión filosófica del género; y Jean Starobinski con su análisis estilístico de las autobiografías, son sólo algunos de los importantes críticos y estudiosos que han dedicado su tiempo al análisis de un género tan particular como el de la *autobiografía*.

Establecer con seguridad una fecha que indique el inicio del género autobiográfico resulta prácticamente imposible. Hay quienes aseguran que a partir de la Edad Media fue posible practicar un tipo de escritura que podría ser considerada parte de este género, como por ejemplo, las crónicas, las memorias, los relatos de vida, los diarios íntimos, las cartas, los autorretratos y los anales. Todas estas manifestaciones implican un necesario examen de conciencia y de sí mismo, y, por lo tanto, podrían llegar a considerarse exponentes del género autobiográfico. Sin embargo, el examen de conciencia no alcanza para asegurar que un texto pertenece a este género, puesto que si

pensáramos de ese modo, ya los textos de Platón y la propuesta de Heráclito deberían ser considerados autobiografías.

Definir una fecha parece si no imposible, al menos extremadamente difícil. Algunos aseguran que el inicio de la literatura del “yo” debe establecerse en la *picaresca española* del siglo XVII, como punto de partida de testimonios íntimos, desde la óptica de la persona en el mundo, y ya no en relación con un más allá divino, como es el caso de las *Confesiones* de San Agustín, los escritos de Santa Teresa o los exámenes de conciencia de San Ignacio de Loyola.

Es en el siglo XVIII cuando la “idea” de los derechos humanos y su correlato de la creencia en el individuo y la fraternidad humana reflejan el aumento de la alfabetización y la expansión del hábito de lectura y escritura, apuntando a un movimiento social y artístico en el terreno de la escritura que va otorgando cada vez más importancia al relato personal y a las vivencias del individuo. Comienza en ese siglo el reconocimiento y estudio de la autobiografía como género literario. Hacia 1750 en Inglaterra y Francia se manifiesta, por primera vez, verdadera curiosidad por las vidas de particulares escrita por ellos mismos.

Las *autobiografías* se continúan escribiendo y leyendo en la actualidad; los lectores de hoy siguen apasionándose como lo hicieron, en el siglo XVIII, quienes descubrieron los escritos autobiográficos del mayor exponente del género: Jean-Jacques Rousseau.

Teniendo en cuenta el interés que el género aún hoy despierta en los receptores, Jean-Philippe Miraux propone un texto en el que se resumen las características más importantes de la *autobiografía*, incorporando los aportes fundamentales de los tres máximos estudiosos del tema: Lejeune, Gusdorf y Starobinski.

En su trabajo, Miraux se propone mostrar al lector especializado, pero también, al que aborda el análisis del género por primera vez, las características más relevantes de la autobiografía, a partir de tres grandes núcleos. En el primero, el autor analiza el género desde el escritor que escribe sobre sí mismo, es decir, busca establecer las condiciones que llevan a un hombre a transformarse en autobiógrafo; en el segundo

núcleo analiza las características escriturales de las autobiografías, para, en el tercero, sumergirse en el apasionante estudio de la recepción de las obras de la “literatura del yo”.

El estudio de Jean-Philippe Miraux se organiza en una Introducción, seguida por cinco capítulos fundamentales, más un apartado Bibliográfico en el que no sólo se citan los datos de los estudios más importantes realizados acerca del género, sino que se propone, también, un breve resumen de cada uno de ellos; además de un último sector en el que se establecen las Conclusiones generales del estudio. Los cinco apartados fundamentales son los siguientes: 1. Definición e historial, 2. ¿Por qué hablar de sí mismo?, 3. La paradoja autobiográfica, 4. El lector de la autobiografía y 5. En las fronteras de la autobiografía.

La breve pero clara e interesante “Introducción” se inicia con una referencia, ni más ni menos, que a Robert Jauss, lo que nos permite inferir, por ahora, y confirmar después, la filiación de las ideas de Miraux con la *Estética de la recepción*.

La “Introducción” pone al lector en conocimiento de los principales aspectos y problemas que el crítico y el mismo autobiógrafo encuentran a la hora de analizar / crear autobiografías, como por ejemplo, el tema de la verdad, el de la escritura, el de los límites del género y el de la recepción. De esta manera, la Introducción condensa en pocas palabras los puntos principales que serán tratados en el cuerpo del texto.

A partir de la misma “Introducción”, el autor invita al lector a comenzar a reflexionar acerca del género y los problemas que implica su abordaje. Se propone a Rousseau como máximo exponente de este tipo de literatura y se enuncia el modo de análisis que a continuación se ha de realizar, en el que los textos autobiográficos más importantes se pondrán al servicio de los postulados teóricos con el fin de ejemplificarlos y agilizar así la lectura de los no avezados.

Ignoramos por qué el autor no reconoce en la Introducción que los ejemplos que utilizará corresponderán exclusivamente a la literatura francesa. La falta de ese comentario podría hacer creer a un lector no conocedor del tema, que el género autobiográfico fue y es patrimonio exclusivo de la literatura que surge dentro de las

fronteras de Francia. Por supuesto, coincidimos con Miraux que fue en ese país donde la autobiografía tuvo sus mayores exponentes, como Rousseau, Voltaire, Sartre, Renan, Montaigne, etc. Sin embargo, creemos que si se propone mostrar los puntos fundamentales de un género no se pueden circunscribir los ejemplos a un único país o región, ya que esto implicaría, en este caso, negar las autobiografías que claramente sabemos que existieron y existen en otras regiones de Europa e incluso también en Latinoamérica.

Cuando Miraux se refiere a un género fronterizo que suele confundirse con el de la autobiografía, las memorias, vuelve a introducir únicamente ejemplos franceses como es el caso de las memorias escritas por el general de Gaulle.

En el primer aparatado, Jean-Philippe Miraux expone los postulados más importantes propuestos por Gusdorf en cuanto a la filosofía de la autobiografía. Establece la dificultad fundamental con la que se encuentra el autobiógrafo a la hora de escribir su relato de vida: el problema del sujeto que se vuelve objeto, el inicio de una actividad hermenéutica con uno mismo. La angustia de la página en blanco, tan común en la mayoría de los escritores, se vuelve para el autobiógrafo angustia ontológica porque no puede expresarse, porque no puede decirse a sí mismo, y a la vez ¿quién puede conocer más ese objeto de estudio que el escritor mismo?

A continuación, una vez analizados los aspectos principales de la cuestión filosófica del género, el autor busca establecer los puntos fundamentales que, desde lo estilístico y desde el plano de la poética, posee el género autobiográfico. Para ello, sigue las propuestas de Starobinski y Lejeune, exponiéndolas con una brevedad y precisión asombrosas que agradarán tanto al conocedor del tema como al lector que se inicia en él. A partir de estas posturas teóricas, Miraux construye su propia definición de *autobiografía*, entendida como un relato en el que se produce la identidad entre el narrador y el héroe de la narración y, a la vez, entre narrador y autor. Además, se caracteriza por poseer abundante narración y una mínima descripción. Afirma, también, que la obra de Rousseau: *Confessions*, de 1782, fue la primera en reunir las condiciones necesarias y suficientes del género.

Seguidamente deja en claro que el análisis de un género literario no debe quedarse exclusivamente en el autor y en la obra escrita, sino que los textos deben ser interrogados también desde el punto de vista más general del destinatario, de la recepción y, por qué no, de la inscripción en la Historia. Esta aseveración nos permite comprobar lo que adelantamos anteriormente acerca de la filiación de Miraux a la *Estética de la recepción*.

A continuación, se realiza un paneo general acerca del origen e historia de la autobiografía, para concluir atinadamente que ella existe como género literario recién a partir del siglo XVIII cuando los principios individualistas / humanistas dan al ser humano el lugar central de la investigación y estudio de los hombres. Es a partir de ese momento que el “verdadero estudio de la especie humana es el hombre mismo”. La autobiografía se transforma, en ese contexto, en una herramienta fundamental que permite acceder al conocimiento del hombre por el hombre, al inicio de una hermenéutica del sujeto mismo.

En el segundo apartado, Jean-Philippe Miraux inicia el análisis de las motivaciones íntimas que llevan a un escritor a hablar de sí mismo, para ello introduce con claridad aspectos de la teoría psicoanalítica freudiana que permiten comprender el estado del hombre que decide contarse a sí mismo, que debe volver su mirada hacia él para después alejarse utilizando como medio la escritura.

Consideramos fundamental destacar que, en ocasiones, el uso de teorías ajenas al ámbito literario con el fin de echar luz sobre problemas o cuestiones de la literatura, puede resultar peligroso, ya que es posible que el crítico caiga en una extrapolación directa de los contenidos de la teoría hacia la obra o el problema literario. Por supuesto, este no es el caso de Miraux, que muy acertadamente afirma que él toma de la teoría psicoanalítica sólo los postulados que le permiten comprender la fragmentación del yo y la construcción del yo perdido que produce la escritura autobiográfica, pero que de ninguna manera deben utilizarse las propuestas freudianas con el fin de “hacer psicoanálisis de autor”. Para él, la crítica nunca debe olvidar que está interrogando una recomposición de la existencia, y no una existencia.

Este apartado se pregunta por las motivaciones más íntimas del autobiógrafo, indaga, intenta saber, por ejemplo, por qué quien escribe su propia historia busca siempre la felicidad perdida. Tan profundamente indaga que Miraux llega a postular que siempre los primeros capítulos de las autobiografías reproducen una *cosmogonía feliz*, un "tiempo pasado en que la inocencia del yo, la promesa de una vida abierta a todas las posibilidades, seguramente de ilusiones múltiples, constituyen añorados instantes de júbilo". Siguiendo a Starobinski propone dos categorías particulares, según posea un registro picaresco, en el que el pasado representa un tiempo degradado y el presente es un momento feliz; o tenga un registro que él, importando para la prosa un término exclusivo del género lírico, denomina elegíaco, donde el presente se muestra como negativo, y desarrolla el mundo feliz de la infancia.

A continuación, analiza con mucho detalle diversos pasajes de conocidas autobiografías con el fin de responder acerca de los deseos de los autobiógrafos que deben optar entre callarse o testimoniar; construir un simple retrato moral o establecer su imagen como monumento de ejemplaridad; decidir por la prosopografía o la etopeya; intentar establecer la verdad o la autenticidad, entre otros muchos problemas a los que se enfrenta quien escribe sobre sí mismo.

Bajo estos interrogantes se analizan en profundidad textos de Rousseau, Leiris, Sartre, Renan y Chateaubriand. El análisis es sumamente exhaustivo, por lo que se torna interesante tanto para el conocedor del tema que puede ampliar sus conocimientos, como para el lector que se inicia, que encontrará en los ejemplos la manera en que la teoría cobra sentido.

El autor de *La autobiografía: las escrituras del yo* concluye este segundo apartado afirmando que "la escritura autobiográfica parece desempeñar un papel catártico no desdeñable". No podemos dejar de preguntarnos si esa función catártica sólo existe en el género autobiográfico y desaparece de los pasajes autobiográficos que los escritores incorporan a escritos de otros géneros. Hoy en día, no es descabellado afirmar que los límites entre los géneros están desapareciendo, que los géneros "mayores" incorporan aspectos de géneros "menores". No referirse a los pasajes de autobiografía que cumplen, como indicaría Tomashevski, una función literaria dentro de géneros diferentes indica,

para nosotros, un gran desconocimiento de las características y problemas actuales de los géneros literarios.

Una vez que el autobiógrafo decide hablar de sí mismo, establece los motivos y la orientación que le dará a su autobiografía, se inicia la difícil tarea de la escritura y se enfrenta a las *paradojas de la autobiografía*, tema que Miraux tratará en el tercer apartado.

En el instante en que el escritor debe poner por escrito su biografía advierte un grupo de paradojas que se observan en este género. La primera tiene que ver con la escritura misma, ya que los escritores comprenden que la lengua escrita impedirá que su relato alcance la transparencia que podría otorgarle la lengua hablada.

La segunda, y tal vez la más importante paradoja, se relaciona con el tiempo de la autobiografía. Podemos sentirnos tentados a creer que el tiempo que domina en ellas es el pasado; pero eso no es correcto, ya que el tiempo de la autobiografía es, en realidad, *acrónico*, puesto que no hay tiempo, porque el pasado, para ser contado, se hace presente. El tiempo del relato y el de los hechos se confunden.

Una nueva paradoja se establece a partir del momento en que el sujeto debe ser tratado como objeto, con todas las dificultades que eso genera.

La última gran paradoja que establece Miraux tiene que ver con la fijación del movimiento. El autobiógrafo se pregunta cómo fijar los cambios, movimientos, evoluciones y contradicciones de su propio yo.

El cuarto apartado brinda un lugar especial al lector de autobiografías y muestra de qué manera éste ha cambiado con el paso del tiempo y bajo diferentes contextos históricos.

En coincidencia con las propuestas de Umberto Eco, Miraux asegura que los textos se encuentran repletos de espacios en blanco que deben ser completados por el lector; los escritos sólo cobran real sentido por medio de la lectura. El texto precisa de alguien que lo ayude a funcionar.

El receptor es fundamental para una autobiografía, que cobra sentido real sólo si es leída. Y el escritor lo sabe, por eso al momento de redactarla él piensa en las condiciones de su lector ideal, y en función de ello la construye. El lector ideal de San Agustín es ni más ni menos que el mismo Dios; sin embargo, con el fin de mostrar la vida de un pecador para que se torne ejemplarizante, San Agustín le escribe al hombre común.

Rousseau compone su biografía para el hombre de su tiempo, pero pone a Dios de testigo.

Los preámbulos y prefacios colaboran en establecer las condiciones del lector ideal, y, en ocasiones, guían la lectura, puesto que los autobiógrafos temen que sus palabras sean mal interpretadas.

No obstante, no todo puede ser previsto por el autor, que no tiene la posibilidad de dirigir la mirada del lector a través de la historia, pues los *horizontes de expectativas* se modifican y, por lo tanto, los lectores y la recepción de las obras, cambian.

El análisis de la recepción realizado por Miraux es interesante, sin embargo, se circunscribe sólo a dos casos demasiado particulares: La obra de San Agustín y la de Rousseau. Consideramos que hubiera sido conveniente y tal vez más interesante incorporar el análisis de la recepción de autobiografías actuales. Al leer su trabajo, uno puede suponer erróneamente que la autobiografía es un género perdido. Es posible que la intención de Miraux haya sido trabajar con un período preciso de tiempo, sin embargo, esto no fue declarado en ningún sector del estudio.

En el quinto y último apartado, Miraux trata en profundidad los casos de escritos de autores franceses que se hallan en los límites del género autobiográfico, como por ejemplo, Perec, Céline y Víctor Hugo.

Al leer la conclusión, que versa exclusivamente en repetir pasajes de los estudios de Lejeune, Starobinski y Gusdorf, el lector puede creer que el trabajo de Miraux se basó solamente en una recopilación de palabras ajenas y eso no sería del todo correcto.



Es cierto que Jean-Philippe Miraux retoma los postulados de estos tres críticos y, en función de ellos, estructura su estudio, pero el análisis exhaustivo que realiza de cada uno de los autores que nombra es absolutamente personal. Es una pena que la última hoja de su libro no se cierre con su propia voz, después de realizar un trabajo tan difícil y cuidado como el suyo.

Cabe destacar la importancia de este libro, ya que logra exponer claramente, y en sólo 142 páginas, los postulados más importantes acerca de un género poco estudiado y prácticamente relegado por los críticos actuales como es el caso de la autobiografía.

El trabajo de Jean-Philippe Miraux presenta ejemplos claros, interesantes y con un gran nivel de análisis; es un estudio que puede resultar útil tanto a especialistas que seguramente disfrutarán de los pasajes trabajados profundamente, como a principiantes que encontrarán resumidas y expuestas con claridad las teorías imprescindibles para el abordaje de la “literatura del yo”.